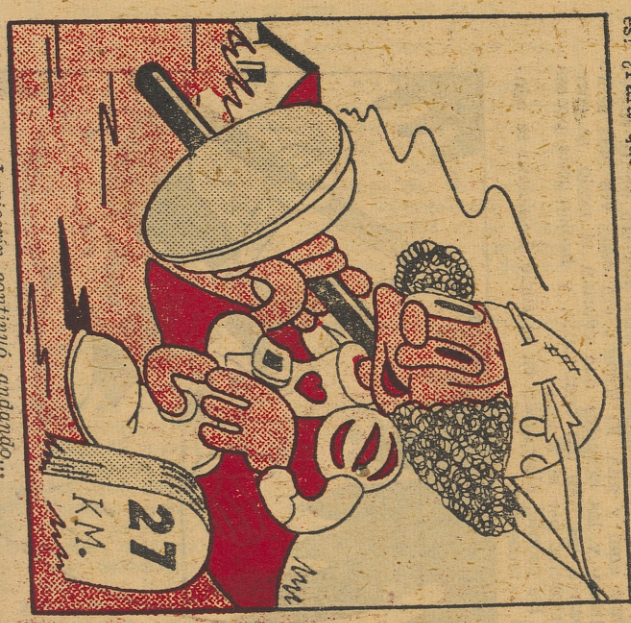


empañarla? En efecto, era una sortija lindísima: una esmeralda montada sobre un arito diminuto de oro, que de mostraba que su dueña debía tener una manecita ideal!

Lapicerín continuó andando...



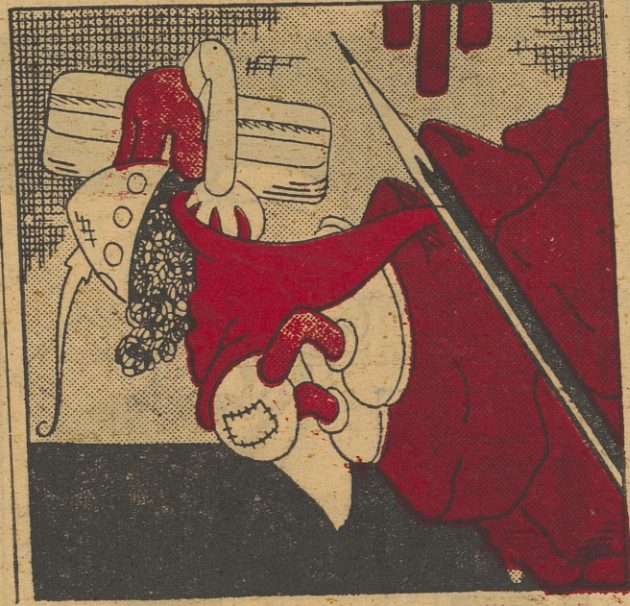
—¡Una sortija!—exclamó sorprendido—. ¡Qué bonita es! ¿Para qué la habrán traido al monte? ¿Será para

ANDANZAS DE LAPICERIN

Y en su interior, grabado en letra gótica, había un nombre: PITUUSA. El corazón de Lapicerín—un corazón de franela que llevaba cosido al jubón—comenzó a latir apresurada-mente. Verdaderamente Pituusa era un nombre bonito para cuanto infantil, y la personita que llevara tal nom- bre, debía ser maravillosa. ¿Sería esto el principio de una gran aventura? Lapicerín miró al suelo, pero no encontró nada más. Se puso a cuatro pies, comenzó a andar como un gato, y a olfatear como un perro. Sólo pudo ver las huellas de unos pies... pero no breves y finos como imaginaba los de Pituusa, sino unos pies enormes, de casi medio metro de largos, y con grandes clavos en la suela. Y sin poder ver más, le sorprendió la noche, que- dando sumido en la más profunda oscuridad. Los rui- dos del bosque aumentaron. Los pájaros cantores en- mudecieron, y sólo de vez en vez, se oían las voces des- agradas de las lechuzas y los cuervos. Lapicerín no aguantó más... porque era Lapicerín. Se acomodó lo me- jor que pudo en la maleza, y quedó dormido. Al despertar, aún era de noche, pero la oscuridad no era absoluta; a lo lejos brillaba una gran luz. Pituusán, pituusán. Lapicerín se dirigió en su busca, y al poco rato se halló ante un casullo medio derruido, de cuyo interior—de vez en cuando—salía una nube de humo blanco y espeso, que producía un olor extraño. Nuestro muñequito no pudo reprimir su curiosidad. Se encaramó a unas piedras, y miró por la ventana.

BIBLIOTECA DE «EL PEQUE»

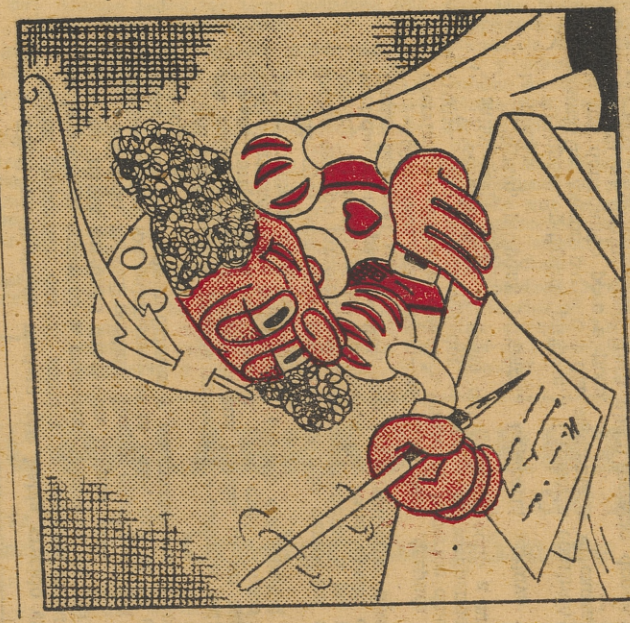
ANDANZAS DE LAPICERIN



Al correr del tiempo, y abandonada por los compo- nentes de la terrible banda, el gigante Grandullón la había convertido en su sala de consejo, donde celebraba sus entrevistas con todas las brujas del país, y donde planeaba toda sus fechorías. Aquí, aía, más de veinte brujas acudían al llamamien-

... miró por la ventana. h...

BIBLIOTECA DE «EL PEQUE»



Volvió a la mesa de trabajo, y escribió en una cuar- tilla el siguiente mensaje:

Me voy a correr mundo buscando aventuras. Me llevo un lápiz y tres pe- scetas. Besos y abrazos.

Lapicerín.

--¿Cuánta familia tiene usted?
--Doce hijas.
--Ya tendrá usted que trabajar para darles de comer a las doce.
--No, señor; en mi casa comemos a las doce y media.
(Remitido por Rafael Salvador, Valencia).

Elaboración MANTIL



Emilio Roca Ruiz (Valencia).
—Para ser colaborador de este suplemento no se necesita más que mandar cosas que a mí me gusten. Preheba de ello es que de este envío que me haces, aprovecho los chistes... y hasta te publicaré el dibujo.

Rosario Gómez (Valencia).
—Dentro de poco verás publicado alguno de tus dibujos. Agustín Vira (Valencia).—Tu dibujo entra en turno.

Josmel Martí (Valencia).
—Puedes mandarme los dibujos que quieras, que no me parecen demasiados porque son muy graciosos. Este último lo verás publicado muy pronto.

Vicente Fosari Aucejo (Cabañal).—Los sobres puedes escribirlos con la tinta que quieras; la tinta china solo es necesario emplearla en los dibujos.

L. Ramírez (Valencia).—Publico tus chistes y entra en turno tu dibujo.

Vicente Ferrer Romero (Cabañal).—Muy pronto verás publicado el dibujo que me envías de Curo, Eduardo y Genoveva, Perla (Cullera).—Vuestros dibujos han sido admitidos, aunque son un poco demasiado pequeños.

CHISTE



El trapero.—¿Tiene usted botellas de cerveza vacías?
La mujer.—¿Qué se ha creído usted? ¿Tengo yo, acaso, cara de beber cerveza?
El trapero.—Bueno. ¿Y botellas de vinagre?
Vicentilla Lina Pérez
11 años.—Valencia

Album de Honor



José Cloquell, 13 años.
Valencia.



Juan Ramón

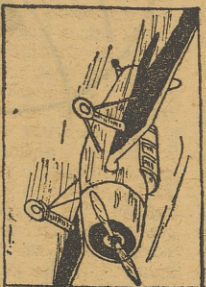


Martín Sancho, 7 años.
Valencia.

El viciario, el jefe de estación:
—¿No hay por aquí cerca ningún cementerio?
—Que yo sepa, no señor.
—Pues entonces, ¿qué hacen ustedes con los viciarios que se mueren esperando el tren?
Asapito Catalan, 15 años.
Castellón.

—¿A qué precio vende usted la leche?
—A veinte céntimos el cuarto.
—¿Ha de ser leche pura?
—Entonces, a veinticinco céntimos.
—¿Es para un enfermo?
—Está bien. Luego mandaré al criado y ordenaré usted la vaca en su presencia.
—¿Así vale cuarenta.
Miguel López Alamo, 13 años.—Valencia.

AVION DE RECONOCIMIENTO



Salvador Muñoz, 13 años.
Valencia.

COLMOS

—¿Cuál es el colmo de un pescador?
—Escarar el tífus.
Julio Teban, 14 años

—¿Cuál es el colmo de un torero?
—Torrear a su gallo.
Manuel Lobo, 6 años.—Valencia

—¿Cuál es el colmo de un bombero?
—Apagar el fuego de un volcán.

—¿Cuál es el colmo de un oculista?
—Operar las cataratas del Niagara.
J. Harris, 14 años
La Coruña

—¿Cuál es el colmo de un arero?
—Morirse porque le regularan el atado.
Antonio Lafuente Martí, 12 años.—Valencia
Castellón.

CHISTES

—¿Y qué le ha dicho de tus dibujos el director?
El dibujante cojo.—Que como dibujante soy muy malo, pero que en los pies tengo mucha gracia.
Antonio Lafuente Martí, 12 años.—Valencia

—¿Te lo daré mañana; ahora tengo la boca cerrada.
José Yago, Valencia.
—¿Cómo vienes tan tarde?
—Porque me necesitaba mi mamá.
—¿Tara qué?
—Para darme una paliza.
Agapito Catalan, 15 años.—Castellón.



Antonio Belver, 12 años.
Valencia.

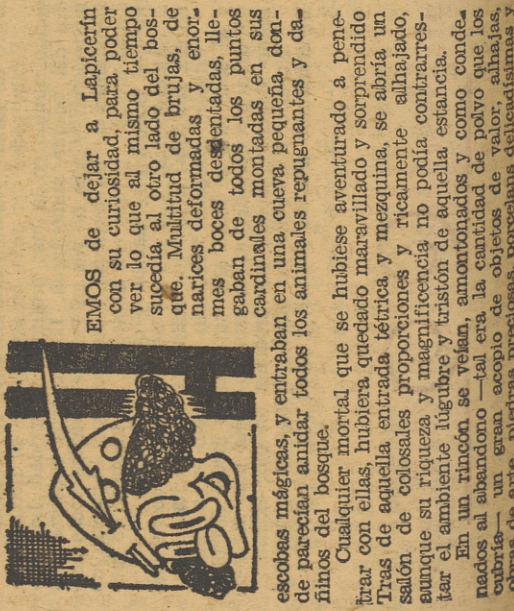


—Una sorpresa!—exclamó sorprendido.

—¿Qué? ¿Le? ¿Ed? ¿Vale? ¿Tibia?

ANDANZAS DE LAPICERIN

Cegó un lápiz de madera que había crecido en la misma proporción que él, subió a la ventana, se arrojó a la calle, y comenzó a caer con velocidad de vértigo. Se había arrojado desde un quinto piso. Lapicerin se vio perdido. Iba a estrellarse sin remedio contra los baldosines de la calle, que se le ofrecían cada vez más próximos y amenazadores. Y cerró los ojos. Al poco rato, se posaba suavemente sobre el asfalto, sin sufrir el menor daño; ni una herida, ni un rasguño, ni tan siquiera un chiblon. ¿Por qué? ¿Cómo había aterrizado tan felizmente? ¿Cómo era posible que no se hubiera roto la grama? La cosa era muy sencilla: cuando cerró los ojos, había cerrado también los puños agarrándose a las puntas de su capa, y de esta forma, la capa quedó convertida en un par de alas, que le permitieron planear hasta llegar al suelo. —¿Caramba, caramba!—se dijo poco después del aterrizaje.—Pues he estado a punto de hacerme chicharrones. Esto de ser aviador es una cosa estupenda. Y sacudiéndose el polvo del vestido, echó a andar y salió de la ciudad. Pitipám, pitipám... pitipám... Lapicerin anduvo toda la noche. Pitipám, pitipám, pitipám... Lapicerin continuó andando la mayor parte del día siguiente y el cansancio le iba dominando poco a poco. —Si al menos encontrara algún palacio donde pasar la noche...—pensaba.—O aunque no fuera más que una cabana de pastores. A su alrededor, sólo pudo ver un bosque de abetos en la falda de un monte, a unos doscientos metros de distancia; pero no vio ni rastro de vivienda humana. Lapicerin siguió adelante—pitipám, pitipám—y se adentró en el bosque. Por todas partes se oían multitud de ruidos extraños; pájaros rarísimos saltaban can-

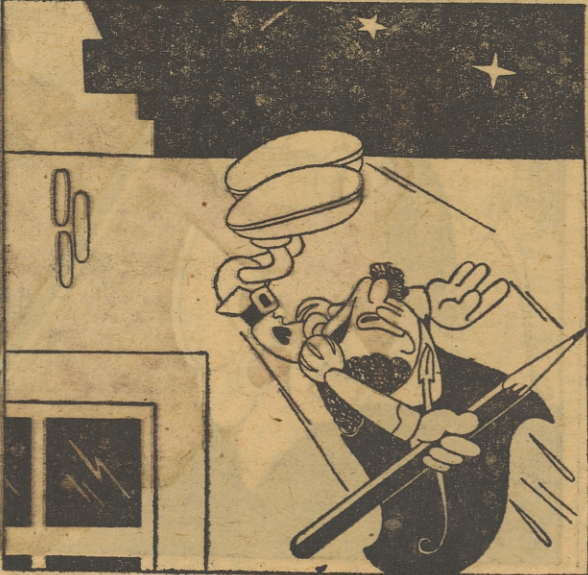


La nueva sal ep buena 71

II OLIMPIA

NINECICLAVI ED SZANVANA

BIBLIOTECA DE 'EL PEQUE'



Iba a espantarse sin remedio...

monedas de oro de todos los países y de todas las épocas. Parecía como si la vida en aquel artillo se hubiera paralizado, o fuese una bamba de un farolón gigante. Aquella cueva, sirvió durante cerca de dos siglos de guarida a una partida de bandoleros, y ésta era la causa de aquella riqueza, de aquellos objetos abandonados, y de la presencia de to-

Los hombres que vuelan

Por Luis Motta

(Continuación)

El primero en salir fue Farman, con un aparato del tipo de los celulares. Tras el aeroplano de Farman aparecieron los de Bleriot, Morcaux, Schultze.

El enorme aeroplano de los hermanos Wright produjo gran sensación. Por último, salieron los más esperados: el de Marchal, y el de Bonnard.

Cuando se presentó Marchal, todos los asistentes se agruparon en torno suyo, arrastrados por una vehemente curiosidad. Era una cosa notable la aplicación sencilla y a la par ingeniosa que Marchal había hecho del sistema celular; la construcción era muy sólida, las hélices muy grandes y el motor tan potente que, con unos cien kilos de peso, podía desarrollar una fuerza de 400 caballos, e imprimir una velocidad, según decían, de 100 kilómetros por hora, mientras que los demás aeroplanos no podían adquirir más que una velocidad media de 60 a 70 kilómetros.

De manera que todas las probabilidades de éxito estaban a favor de Marchal; la ciencia francesa cedió en él, por unos instantes, todas sus esperanzas. La salida de Pierre Bonnard, apartó de Marchal las miradas de los espectadores. Un grito de asombro se escapó de todas las gargantas. ¡Oh, milagro! ¡El aeroplano de Bonnard, se parecía en todo al de Marchal! ¡El Marchal, atraído por el tumulto, se volvió. Examinó el aparato de su rival y quedó como herido por un rayo.

—¡El mío!—dijo con una voz llena de angustia.—¡Es el mío! Y clavó su mirada en la de Bonnard, que sostuvo la de su rival sin pestañear.

Parecía inexplicable aquella coincidencia de ideas en el desarrollo de una invención científica.

—¡Y pensar que no hace todavía un mes era partidario

convencido de los más ligeros que el aire!—griaba un espectador escamado.

—Ha cambiado de opinión...
—¡Es incomprensible!
—¡Eso es un plagio, es un robo!
—¿Será posible?
—¡No recuerda usted aquel intento de robo en el taller de Marchal?

—Sí, ¡De modo que Bonnard se ha apropiado los planos! ¡Si es él!—gritó de repente Marchal, como iluminado por súbita revelación. Y se arrojó sobre su rival apostrofiándole con violencia. Bonnard le devolvió el ataque.

—Ladron!—le dijo en su cara Marchal, loco de rabia. —Sus insultos no me hacen efecto... no pueden referirse a mí...—murmuró Bonnard, más blanco que el papel. —Usted forzó mi taller—le interrumpió Marchal—y me robó el secreto. ¡Ladron! ¡Ladron!

—¡Está usted loco!—murmuró Bonnard, retrocediendo un paso.

—Ladron! ¡Ladron!—repitió Marchal con ira creciente. El aludido, herido por estas palabras, se puso livido; después enrojeció, como si le amenazara una congestión.

Sin poderse dominar ya, fué a lanzarse contra Marchal; pero los espectadores de tan escandalosa escena se interpusieron a tiempo y los separaron.

—¡Arriba, caballeros!—gritó el presidente para cortar por lo sano aquel desagradable incidente que ya no era tiempo de acabar.

Las últimas amenazas de Marchal se perdieron entre un griterío ensordecedor.

Era la multitud que saludaba con voces y aullidos la partida de los aparatos.

Se oyó el taf-taf de los motores puestos en acción y después sonó un cañonazo.

Los hombres-pajaros tendían el vuelo hacia las cúpulas lejanas de la ciudad eterna.

CAPITULO II

En medio del ruido ensordecedor de su motor, se elevó el primer aeroplano, Farman había partido. La máquina pasó veloz, semejante a un ave gigantesca, con las alas inmensas desplegadas.

Un grito de alegría le acegó, un aplauso cerrado, un hurra frenético le saludaron, y mil y mil pañuelos, agitados por otras tantas personas, lo despidieron; a Farman le siguieron otros dos; después los hermanos Wright; su partida fue conmovedora por la asáida con que ascendieron, describiendo dos rápidas evoluciones, como si hubieran querido despedirse de la entusiasta y gélante multitud.

Marchal y Bonnard fueron los últimos. Marchal le dió toda la fuerza a su motor, impulsó al aeroplano que avanzó sobre sus ruedas, subió al aire, se sostuvo sobre la hélice posterior y voló rápidamente, elevándose a treinta metros de altura.

Pierre Bonnard se preparó entonces; su máquina se elevó con misma rapidez que la de Marchal, pero pronto adquirió su misma velocidad, oscilando ligeramente; luego, entre los hurras ensordecedores de la gente, se alejó a la conquista del premio.

Los invitados subieron en ascensor a la torre Eiffel, y desde allí pudieron seguir la marcha de los aparatos que volaban sobre la inmensa extensión de las casas, de los jardines y de las barridas parisienses.

Una bandada de golondrinas siguió a Bonnard, que se quedó el último, y cuyo aparato describía de vez en vez, inmensos zizás, señal indudable de una gran falta de estabilidad. Por fin, desaparecieron todos hacia Fontainebleau, entre las brumas difusas del horizonte.

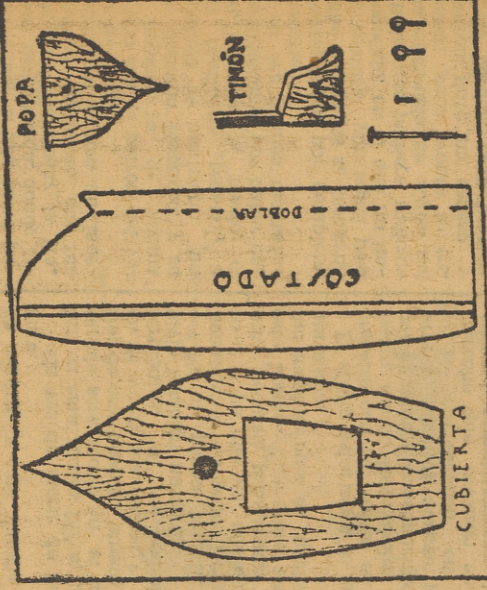
Entonces, los espectadores bajaron de la masa de hierro de la torre Eiffel a la explanada, y la muchedumbre se dispersó. Las calles que desembocaban en el Campo de Marte, se llenaron de gente de todas clases, que regresaban a sus domicilios, hablando del recorrido París-Roma; a la gente se unían los vendedores ambulantes de pasteles y de refrescos; y a las voces de estos, pregonando sus mercancías, se juntaban los relatos de aventuras fantásticas y extraordinarias, todos referentes a la aviación.

El pueblo se exaltaba oyendo esos relatos; los rumores más absurdos circulaban por dondequiera.

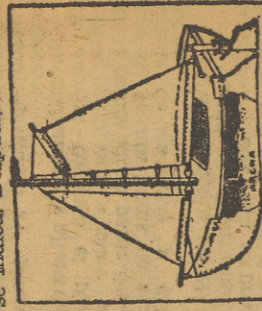
(Continuará)

REVOLUTILLO

Cómo construir un magnífico bote a vela



Es el tiempo de ello. Ir a la playa con las manos vacías es algo muy aburrido; por eso hoy vamos a daros una pequeña explicación para construir un botecito que os costará muy poco y os dará un rendimiento extraordinario. Ante todo se necesita una hoja de cartulina gruesa y resistente y unos palcos de madera fina (constru-plaque), unos clavitos y un alfiler. Luego, los palitos para la vela, y la tela de la velilla. Los diseños que reproducimos es-



tán hechos a base de una medida de seis centímetros de largo total del bote. Como lo- gicamente debe hacerse el bote más grande, hay que au- mentar en proporción todas las medidas. Primero recortar los costados de cartulina tal como se indica. Después, la cubierta de madera, la parte de popa, y el timón. Cuando los dos cos- tados estén unidos por la parte de la quilla, y la proa, enrollad los bordes de la cubierta, y co- locadla, así como la popa, a la que previamente se habrá colocado el timón. Lastread con un puñado de arena el bote y ponedle los demás arrefac- tos, que no os será muy difícil si seguís las indicaciones del dibujo. Y terminada, vuestra obra, barrizad el barquito, que así quedará más liso y ten- drá más consistencia.

EL CHATO Y EL POBRE

Un señor muy elegante, que era chato hasta la exageración, dió a un pobre cinco céntimos después de largas súplicas y lloriqueos.

Al pobre le pareció tan po- co, que le dió con sorna. —¡Dios le conserve la vista en buen estado... Porque si se la acorta no va usted a poder ponerse galas.



va, 13 años; vice, Francisco Lloréns, de 12; secretario, José Ballester, de 13; contador, Jaime Moragues de 14; caja- ro, Francisco Pérez de 30; co- brador, Juan Ferrer, de 13; Vocales: Carlos Grau, de 12; José Marcos, de 9. Falleras.—Amparín Fandos, de 12 años; Amparín Nogue- ra, de 13; Carmencin Balles- ter, de 8; Carmencin Gorrea, de 10; Maruja Giménez, de 14.

Falla número 2.—Comisión de la falla infantil de la pla- za Beneyvo y Coll: Presidente, Ramón Salano-



Francisco Bauset, 13 años, Valencia.

Buena respuesta

Un profesor de Historia Natural, asediado por un im- portuno, accede por fin a re- cibirle en su gabinete de tra- bajo.

—Dispéñeme usted si he venido a interrumpirle—le di- ce el visitante.

—Nada de eso—contesta el profesor—; estoy haciendo unos estudios sobre los mo- nos... Toure usted asiento.



Un gitano se ha llevado el perro del cazador. ¿Dónde están el gitano y el perro?

LA ISLA DESIERTA

Los dos tripulantes del velero italiano «Volpina» naufragando en noche borrascosa en pleno océano, habían podido llegar, después de treinta horas de una lucha titánica con el mar, a una playa desierta que abandonaron la siguiente mañana salvadora, que fue a estrecharse contra un laberinto de rocas.

El uno era el patrón del velero, hombre ya de alguna edad, llamado Reggíolo, y su compañero de naufragio, un joven marinero, español, a quien llamaban a bordo, el «gato asturiano» por haber nacido en las fértiles montañas de Asturias.

Desorientados por completo, los dos naufragos se lanzaron a la ventura, por aquel país desconocido, en el que no había nada que pudiera indicarles la existencia de algún ser humano; pero pronto se encontraron ante un espeso y sombrío bosque, cuya barrera de verde ramaje y punzantes zarzales, era de todo punto infranqueable.

—Será un milagro—dijo el patrón Reggíolo—que logremos escapar a la muerte. Yo no sé dónde estamos.

—No estábamos al Sur de América, cuando hemos naufragado?—preguntó el joven asturiano.

—Navegábamos a la altura de Río Janeiro—contestó el patrón—; pero vete a saber a dónde hemos ido a parar después de veintita horas de ser juguete de las olas y del viento...

En aquel momento, un chillido espantoso interrumpió al marino, y con gran sorpresa vieron que por entre el ramaje aparecía un enjambre de pequeños monjes que, al igual que las abejas, iban de un lado para otro dando fuertes chillidos, cual si protestasen de la presencia de los hombres en aquel misterioso paraje, y trepaban con prodigiosa rapidez hacia las copas de aquellos árboles gigantescos.

Los dos marineros se intentaron con la mirada, y al ver que ninguno de ellos pronunciaba una palabra, se oyó en el interior de aquel bosque un estridente grito, muy semejante al sonido que produce la locomotora.

Seguramente aquel enjambre de monjes desaparecieron de la vista y todo quedó en el más profundo silencio.

El patrón Reggíolo dijo entonces a su compañero:—Esta isla, amigo mío, no es más que un grandioso bosque, cuyos habitantes son monjes y serpientes, pues esa es bien lo que hemos oído, me es bien conocido. No tenemos más sino que nosotros quedemos...

—Yo tengo familia en el Zoo...

botella cubierta de mirabe, llena de ron, que habían podido conservar junto con un serbuido de cuero que contenía unas galletas y un pedazo de tocino.

Bebieron un buen trago de ron y ya más resanimado Reggíolo, se internaron por aquel sendero.

No bien llevaban andados unos cien pasos cuando el sendero, formando una rápida curva, se internaba en un profundo agujero, cuya anchura era como la boca de un hocoy y desde aquel punto se veía la espesura del bosque, se hacía otra vez impenetrable.

—Es preciso que estemos prevenidos a cualquier otra sorpresa—dijo el asturiano, tomando de un salto sobre aquella especie de túnel.

Pero en aquel mismo instante, aparecieron de nuevo por entre las ramas, empezaron a arrojarse sobre los dos hombres una lluvia de pequeños cocos.

Como no había posible defensa para aquel ataque, Reggíolo y su compañero se vieron obligados a meterse precipitadamente en aquel agujero, donde tenían que andar en corcovos.

—Seguidme—dijo el asturiano, que iba delante—, siquiere aquí estaremos al abrigo de la piedra de esos demonios y podremos pasar la noche con seguridad.

—Esto es un túnel construido por la mano de la Naturaleza; yo estoy seguro que aquí debe vivir ese monstruo que por poco me ahoga.

A medida que avanzaban por aquel subterráneo la oscuridad era mayor y decidieron no aventurarse yendo más adentro.

Habían llegado a un sitio que la cueva formaba una pequeña plazuela, cuyas paredes de piedra, estaban agrietadas, así como el abovedado techo.

Los dos se sentaron y comieron un poco de galleta y tocino que rociaron con un trago de ron con la tranquilidad que es de suponer, pues a aumentar la ya angustiosa situación de los dos marineros, en aquel desconocido bosque, que ellos llamaban «malidox».

Por fin la oscuridad más profunda los envolvió por completo, y entonces empezaron a oírse extraños ruidos en el túnel al mismo tiempo que sus cuerpos una plaga de insectos que no pudieron definir a causa de la oscuridad; pero que parecían a rabiar.

—Son hormigas aladas—dijo el viejo patrón—; las controz-

«Gato asturiano» se lanzó resuelto con su macho en la mano, dando formidables golpes al ramaje, consiguiendo en breves minutos abrirse paso y se encontraron en un estrecho que tuvieron en un temerario y completamente libre de obstáculos parecido a un jardín con sus avenidas de árboles y otras plantas americanas.

—¡Esto es magnífico!—exclamó—Me parece un gran patio con su verde bóveda y yo no dudo de que aquí habrá buena caza...

Otro grito como el que antes habían oído interrumpió al joven.

—Mira—dijo el patrón señalando con el dedo hacia el extremo del sendero por donde ellos avanzaban—, aquí viene el primer enemigo a recibirnos.

En efecto, el joven marino vio venir hacia ellos a una enorme serpiente que se arrastraba sobre su gruesa cola con su cuerpo lleno de anillos de varios colores, y que lanzaba silbidos que parecían gritos agudos; aquel monstruo era capaz de luchar y vencer hasta con un toro y de los más grandes.

Los dos hombres se quedaron un momento como petrificados por el terror, pero el insistente «consejador» les hizo recobrar en seguida todas sus energías.

No tuvieron más tiempo que el de pararse en el tronco de un cocotero, pues el monstruo se acercaba.

—¡Que me ahoga!—gritaba el patrón.

El asturiano dio otro salto hacia el árbol y desahogó dos terribles hachazos en el que, por anillo de la serpiente, haciendo tan fuerte sacudida, al dando tan fuerte sacudida, al desprendirse de su presa, que el cocotero se balanceó como una palmera movida por el viento, y el patrón Reggíolo fue lanzado a dos metros de distancia, quedando desvanecido en el suelo.

Su compañero corrió precipitadamente en su auxilio, y creyéndole muerto, se inclinó sobre él, doblando una rodilla en tierra y poniéndole una mano en el corazón.

—¡Vive!—exclamó con alegría.

En efecto; Reggíolo volvió pronto de su desvanecimiento; pero sentía tal presión en su pecho, que al levantarse con la ayuda de su compañero, balbuceó:—

—¡Que me ahoga!... ¡Maldito!...

El asturiano pudo tranquilizarlo, enseñándole el reptil hecho pedazos.

—Busquemos donde estén gitanos—dijo el patrón—; necesito un poco de descanso, por más que no podremos tenerlo en este bosque.

Los dos naufragos llevaban silbata al hombro una pequeña

«¡Es un avión!—exclamó—Con pabillos brasileños! No se engañéis el joven marinero; poco después ambos estrechaban las manos de los dos pilotos que tripulaban un magnífico avión que habiendo sufrido una avería, viose obligado a aterrizar.

Reparada la avería del avión, los dos marineros embargaron con los pilotos, y tomando el vuelo el aparato, se perdió por entre las nubes en dirección a las costas brasileñas, sin que pudieran saber qué isla era aquella en la que tanto habían sufrido en tantas horas.

No se apartó por tan extraña petición el abate y se dedicó a organizar el concierto extravagante.

Reunió unos cuantos cerdos de diferentes edades, cuyos gritos producían distintos tonos. Los colocó bajo un pabellón de terciopelo sobre una mesa en gradería, presentando así diferentes alturas, como los cañones de un órgano, y por medio de un sistema de agujas, movidas por un teclado, pinchaba a voluntad a cada cerdo que, al quejarse, daba la nota que el maestro convenía para su «composición musical».

«¡Oh! ¡Un puro entre Rito! ¡Yo guardaré para mí Rito!»

«¡No señor! ¡Yo no quiero! ¡Suelta ese puro!»

«¡Eh, Néuro! ¡Suelta ese puro!»

«¡Y no podrá sugetarme más! ¡Qué divertido! ¡Joo, joo, joo!»

«¡Y te tengo por el tirante! ¡Ahora ya no te escarps néuro!»

«¡Hay mirra! ¡Yo no poder sugetarme más! ¡Qué divertido! ¡Joo, joo, joo!»

«¡Mi tirante salvar es! ¡Puro! ¡Bravo!»

«¡Palop!»

LA ESPERANZA ES EL SUERO DEL HOMBRE DESPIER-TO. ARISTOTELES

EL AGRADERO ES LA MEMORIA DEL CO-RAZON MASSIEU

«¡Oh, salgamos de aquí!»

«¡Exclamó el asturiano!—Pre-fero la piedra de los monjes. Heto! ¡A desesperación!»

Cuando llegaron a tierras a la entrada del túnel, se encontraron con que estaba tapada con monjes de piedras, que los monjes habían puesto al veros entrar allí.

No tuvieron más remedio que esperar a que el sol alumbrara el nuevo día y no es posible ni siquiera imaginarse la noche horrible que pasaron los dos naufragos hinchando con aquella terrible plaga de hormigas que andaban en grietas de las paredes de aquella cueva.

Cuando por fin el sol penetró en ella, todas se escondieron en sus nidos, pero Reggíolo y su compañero tenían la cara y las manos hinchadas y cubiertas de sangre.

«¿Por dónde escapar?—se lamentaba el patrón—. Es preciso que nos volvamos a la playa y morir allí sin este cruel marino.»

El asturiano le interrumpió:—Ved, allá veo el sol que penetra espléndidamente; debe ser alguna otra abertura de esta cueva.

En efecto; siguieron en aquella dirección, y llenos de la natural alegría se vieron fuera de aquel lúgubre antro de supulido.

La primera mirada de los dos compañeros de infortunio se dirigió a la cima de la elevada colina y una misma exclamación salió de sus labios:—Allí hay un edificio—dijeron.

Y a impulsos de un mismo pensamiento, animados por la esperanza de hallar algún ser humano que les diera hospitalidad, subieron la colina.

«¡Por un puro...!»

«¡Interpretación de Carboncillo Por Palop!»

«¡Y te tengo por el tirante! ¡Ahora ya no te escarps néuro!»

«¡Hay mirra! ¡Yo no poder sugetarme más! ¡Qué divertido! ¡Joo, joo, joo!»

«¡Mi tirante salvar es! ¡Puro! ¡Bravo!»

«¡Palop!»

«¡Oh, salgamos de aquí!»

«¡Exclamó el asturiano!—Pre-fero la piedra de los monjes. Heto! ¡A desesperación!»

Cuando llegaron a tierras a la entrada del túnel, se encontraron con que estaba tapada con monjes de piedras, que los monjes habían puesto al veros entrar allí.

No tuvieron más remedio que esperar a que el sol alumbrara el nuevo día y no es posible ni siquiera imaginarse la noche horrible que pasaron los dos naufragos hinchando con aquella terrible plaga de hormigas que andaban en grietas de las paredes de aquella cueva.

Cuando por fin el sol penetró en ella, todas se escondieron en sus nidos, pero Reggíolo y su compañero tenían la cara y las manos hinchadas y cubiertas de sangre.

«¿Por dónde escapar?—se lamentaba el patrón—. Es preciso que nos volvamos a la playa y morir allí sin este cruel marino.»

El asturiano le interrumpió:—Ved, allá veo el sol que penetra espléndidamente; debe ser alguna otra abertura de esta cueva.

En efecto; siguieron en aquella dirección, y llenos de la natural alegría se vieron fuera de aquel lúgubre antro de supulido.

La primera mirada de los dos compañeros de infortunio se dirigió a la cima de la elevada colina y una misma exclamación salió de sus labios:—Allí hay un edificio—dijeron.

Y a impulsos de un mismo pensamiento, animados por la esperanza de hallar algún ser humano que les diera hospitalidad, subieron la colina.